

**Lección 2**  
(6 al 13 de enero de 2017)

---

---

# Lo veo, lo quiero, lo tengo

---

---

*Heber Toth Armí*<sup>1</sup>

Formo parte de la cuarta generación de adventistas en mi familia. Desde niño, junto a mis padres participé de las actividades de la iglesia. Asistía religiosamente a los cultos en sábado, en domingo y en miércoles, además de las semanas especiales, en el Municipio de La Paloma, en Paraguay.

Siempre me gustó estudiar y aprender de los temas espirituales. Pensaba que ya conocía el tema de las lecciones de este trimestre, pero al examinarlas para preparar estos comentarios, noté cuánto desconocía del tema de la mayordomía cristiana. Al revisarlo, incluso me fueron disipados algunos preconceptos adquiridos en la infancia.

Si, de algún modo, tú te identificas conmigo en cuanto a la mayordomía cristiana, debes saber que estamos siendo desafiados a reconsiderar nuestros conceptos. Este tema abarca más de lo que yo imaginaba. Muestra que ningún ser humano es dueño de nada; sin embargo, administra todo lo que el Dueño de todas las cosas dejó bajo su responsabilidad, incluyendo la vida. ¡Qué privilegio!

Pero, al no entender mucho del tema, pretendemos usar las cosas de Dios como si fueran nuestras.

Este estudio amplía el concepto de materialismo que hemos considerado anteriormente, dando énfasis a los sentimientos que lo motivan.

Todo comienza con el acto de “ver”, luego pasa por la sensación de “querer”, hasta culminar con el acto de “tomar”. Esto caracteriza a la codicia. Eva vio, deseó y tomó (Génesis 3:1-6). Así, la codicia humana comenzó cuando Eva deseó el fruto prohibido porque quiso ser como Dios.

---

<sup>1</sup> El pastor Heber Toth Armí, se graduó en Teología en 2005. Concluyó una Maestría en Teología en 2016. Actualmente es pastor distrital en Fraiburgo, estado de Santa Catarina, en Brasil.

Desgraciadamente, “la mentalidad mundanal, el egoísmo y la codicia han estado carcomiendo la espiritualidad y la vida del pueblo de Dios”.<sup>2</sup> Incluso la interpretación del evangelio es afectada cuando el lector es dominado por la codicia y el materialismo.

El *evangelio de la prosperidad* se ha esparcido por el mundo. Aunque sea atrayente, la teología de la prosperidad pervierte el evangelio. En esencia es la codicia manifestándose en el pedido a Dios para enriquecerse materialmente. Es ambición con ropaje de religión (Isaías 56:12). ES el deseo desenfrenado de obtener de Dios cosas que, de otro modo, serían más difíciles –o incluso imposible– de obtener. Es buscar los tesoros del Cielo para prosperar en la tierra.

En el evangelio de la prosperidad, damos para obtener, ofrecemos para recibir, ofrendamos para obtener lo que deseamos. En la biblia, Dios da sin que lo merezcamos. Él entrega sin que le pidamos, Él se brinda sin necesidad de súplicas. En verdad, si todo es de Dios, nada tenemos que pagar por sus servicios. Es como intentar tomar prestado de Él para pagarlo por lo que queremos. Es un cristianismo materialista, un evangelio pautado por la codicia.

Debido a la influencia del materialismo, “muchos de los hijos de Dios están en peligro de dejarse prender en la trampa de la mundanalidad y avaricia”.<sup>3</sup> En Mateo 13:3-7 Jesús contó la parábola de las clases de oyentes (suelos) de sus palabras (las semillas).

1. Los que oyen, pero no interiorizan ninguna enseñanza, tiene un corazón duro e impenetrable (versículo 4).
2. Los que reciben con entusiasmo el evangelio sin retirar los obstáculos (las piedras); entonces, con la misma rapidez con la que lo aceptaron, se desaniman y desisten de crear raíces, volviendo a las propias ideologías (versículos 5, 6).
3. Los que se preparan, son sedientos y receptivos, se comprometen consciente y perseverantemente, permitiendo que el evangelio eche raíces; pero no se preocupan en velar, ignoran la posibilidad de los espinos que puedan nacer, crecer y sofocar las enseñanzas de Cristo (versículo 7). Los espinos representan dos cosas (Mateo 13:22).
  - a. Los afanes de este mundo: Las preocupaciones, la ansiedad, el temor al futuro, la búsqueda de poder, fama, reconocimiento, títulos, dinero, etc. (Lucas 21:34).
  - b. La fascinación por las riquezas: La ambición, el lucro, el materialismo, la codicia, etc.

La riqueza nos fascina, pero no nos salva, nos sofoca. Nos ilusionamos con ella como si fuera la garantía de nuestra existencia insegura, incierta y frágil.

---

<sup>2</sup> Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia*, tomo 1, p. 134.

<sup>3</sup> White, *Consejos sobre la mayordomía cristiana*, p. 16.

La codicia debilita el dominio propio, corrompe el raciocinio y aniquila la inteligencia espiritual. Quien es codicioso pisotea los nobles principios divinos, ignora la revelación de Dios y rebaja la moral. Cuando la ambición toma posesión del alma, lleva a la persona a hacer cosas con el objetivo de satisfacer los caprichos de la codicia:

- Jezabel dio órdenes de matar a Nabot para tomar su viña (1 Reyes 21).
- Acán robó una capa, plata y oro, porque primero los codició (Josué 7:20-22).
- Demas abandonó a Pablo, y a Cristo, por amar el mundo (Filipenses 24; Colosenses 4:14; 2 Timoteo 4:10).
- Judas vendió a su Señor, el Hijo de Dios, por treinta monedas de plata (Mateo 24:14-16).

La codicia actúa imperceptiblemente, pero cuando se revela, sus consecuencias son indeseables. Debemos cuidarnos de los pecados sutiles.

“Al borracho se le desprecia y se le dice que su pecado le excluirá del cielo, mientras que demasiado a menudo el orgullo, el egoísmo y la codicia no son reprendidos. Sin embargo, son pecados que ofenden en forma especial a Dios, porque contrarían la benevolencia de su carácter, ese amor abnegado que es la misma atmósfera del universo que no ha caído”.<sup>4</sup>

La codicia es tan ofensiva que Dios concluye el Decálogo prohibiéndola (Éxodo 20:17). Loron Wade declaró que “la codicia es un amor falso y traicionero; es amor que está fuera de orden, fuera de proporción y fuera de lugar”.<sup>5</sup> Paul R. House percibió que “el décimo mandamiento denuncia la actitud específica que conduce al quebrantamiento de todos los mandamientos”.<sup>6</sup> Y Elena G. de White fue categórica, al afirmar: “El décimo mandamiento ataca la raíz misma de todos los pecados, al prohibir el deseo egoísta, del cual nace el acto pecaminoso”.<sup>7</sup>

La insatisfacción es la raíz de las ambiciones ilícitas, de los deseos perversos y la ambición licenciosa. La insatisfacción:

- Hizo de Lucifer el diablo.
- Hizo de Eva una pecadora e instrumento de Satanás para llevar a Adán a pecar.
- Hizo que el hijo pródigo deseara la heredad para gastarla como se le diera la gana (Lucas 15:11-30).

---

<sup>4</sup> White, *El camino a Cristo*, p. 30.

<sup>5</sup> Loron Wade, *Los Diez Mandamientos*, (Buenos Aires: ACES, 2006), p. 122.

<sup>6</sup> Paul R. House. *Teología do Antigo Testamento*, p. 144.

<sup>7</sup> White, *Patriarcas y profetas*, p. 281.

Entonces, necesitamos velar para que nuestros ojos no se fijen en las seducciones de la codicia y del pecado (Santiago 1:14, 15). Para no caer en la tentación, debemos resistir al diablo, purificar nuestras manos y limpiar el corazón (Santiago 4:7, 8). Es necesario impedir que la codicia entre en acción. Por eso, debemos permitir que Cristo obre en nosotros (Gálatas 2:20), para desarrollar en nuestro corazón la abnegación (2 Corintios 8:1-7).

Necesitamos entender que sólo estaremos satisfechos en Dios. Sólo a través de Él tendremos dominio propio, y no nos someteremos al poder de la codicia, la ambición, y la avaricia, que nos conducen a la perdición.

Jesús es el que satisface al cristiano (Juan 4:14). Él suple toda necesidad de los que ponen en primer lugar aquello que es realmente prioritario (Mateo 6:25-34; Filipenses 4:19). Cuando Dios y su Reino sean nuestras prioridades, seremos realmente sus mayordomos. Entonces, buscaremos las cosas “de arriba”, donde Cristo habita (Colosenses 3:1).



Traducción: *Rolando Chuquimia*  
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©